

cementerio del P. Lachaise, y colocó los rosales en la tumba de la muerta.

Algunos días después volvió á casa de Lili con sus dos hermanas más pequeñas. Dos preciosos rosales habían sustituido á los primeros.

—Este es el milagro de las rosas,—dijo Esther.

Pero esta vez deshojó las flores sobre el lecho de la pobre Lili.

Nuevas preguntas al portero, que respondió: «No lo sé,» como la vez pasada.

Volvió otro día á emprender aquella triste peregrinación, y por tercera vez volvió á encontrar otros dos rosales frescos y lozanos.

El portero juró una y mil veces que ignoraba de dónde y cómo venían aquellos rosales.

¿Era quizás el amante de Lili, que, poseedor de una segunda llave de la casa, se introducía á media noche, á paso de lobo, como un verdadero ladrón, para llorar á la pobre niña?

Cuando la familia de Lili recogió, á manera de recuerdo, los muebles de la desgraciada joven, Esther empezó por llevarse los cuatro rosales para colocarlos sobre la chimenea de su alcoba. Le parecía que la pobre Lili revivía en las rosas. Por eso un día que una amiga de la casa, no sabiendo la historia, quiso coger una flor, Esther, terrible como en Camila, corrió, gritando á la sacrilega:

—¡No toques! ¡No toques!

XXVIII.

La Marsellesa.

Todos los comediantes se alababan de haber sido los maestros de Esther: Saint-Aulaire, Samson, Beauvallet, Prevost. No faltó ni el terrible Légier, que no le enseñara el arte de hacer estremecer al público. Éste siempre dejaba atrás el objeto que se proponía, pero se figuraba ser el primer trágico del mundo. Esther respondía cuando le hablaban de todos aquellos maestros:

—Es verdad; me han enseñado todo lo que ignoran; pero mientras ellos hablan, yo no obedezco sino á un maestro invisible.

El maestro invisible era su talento. Dió buena prueba de él cantando la *Marsellesa*.

Después de la revolución de Febrero, como estaba el teatro en las calles, nadie entraba en los coliseos. Aquello fué casi casi la miseria para todos los actores, porque en aquellos tiempos no habían alcanzado la fortuna, como hoy día. Esther quiso salvar á sus compañeros. En 1830 había cantado en los cafés de Lyon la *Parisiense*

agitando la bandera tricolor. En 1848 pensó cantar la *Marsellesa* sobre el escenario del Teatro Francés. Así lo hizo, pero no de la manera que hasta entonces la habíamos oído.

No se me olvidará nunca la profunda impresión que nos causó á todos cuando apareció abrazando la bandera tricolor, y gritando con voz soberana, como en la melopea lírica:

¡Allons, enfants, de la Patrie!

Se la hubiera seguido á los mismos infiernos. No se puede formar idea aproximada siquiera de la expresión terriblemente acentuada que daba á cada palabra por la fuerza y la sonoridad de su voz. Aquello era hermoso, terrible, sublime. Agitaba la bandera á su alrededor; parecía que vivía, que tenía un alma como en los grandes días de batalla. Los republicanos se abrazaban unos á otros; los realistas se estremecían á impulsos del gran sople de la Revolución. Los artistas no podían contener su entusiasmo; nunca la gran trágica había arrebatado de aquel modo á los espectadores. En aquel canto iba toda su alma. Así es que cuando quisieron que volviera á empezar, cayó medio desvanecida en los brazos de sus admiradores, murmurando:

—Mañana.

Y empezó de nuevo al otro día delante de un

público que llenaba todo el teatro, en el que se veían reunidas todas las clases de la sociedad. El pueblo mismo fué los siguientes días, el pueblo, hasta la santa canalla; así es, que una noche gritó un trapero en medio de su entusiasmo:

—Esther es una valiente ciudadana. ¡Es menester que los hermanos y amigos le compren flores!

—¡Bravo! ¡bravo!— contestaron desde las butacas al paraíso, en donde se encontraba el ropavejero.

Éste se quitó su gorra de nutria, recogida quizás de enmedio del arroyo, y añadió:

—¡Que todo el mundo eche cinco céntimos! ¡Nada de aristócratas!

Todos vaciaron su bolsillo, y reunieron unos veinte francos.

El trapero corrió á casa de la señora Prevost, que estaba á la puerta del teatro; dejó sin flores la tienda, y volvió victorioso con ellas. Subió al escenario, trepando como un gato por encima de los violones de la orquesta.

Esther tuvo que salir de nuevo. Beauvallet la acompañaba.

—He aquí (le dijo el trapero) el tributo del pueblo, que ha dado veinte francos para su ídolo.

Quiso continuar su discurso; pero se echó á llorar, se sintió mal, y murmuró:

—¡Este es el día más hermoso de mi vida!

Esther misma exclamó:

—¡Este es el día más hermoso de mi vida!

Pero sus amigos no le permitieron ser mucho tiempo feliz con la santa canalla: la encontraban demasiado plebeya y demasiado revolucionaria.

Esther, por su parte, no estaba contenta de sí misma, pues se comparaba á esas tempestades que ocultan por un momento el cielo, y al fin se disuelven en lágrimas, confundiéndose con el azul del firmamento. Las tranquilas alegrías de la vida no se habían hecho para ella, que aspiraba á la soledad, al recogimiento, á la tranquilidad del hogar. Ese hogar tan querido para los enamorados y para las madres de familia.

¡Cuántas veces la he visto salir á escena llorando!

—¿Por qué llora V.?—le he preguntado.

—¡Lloro (me ha respondido), porque vivo la vida de los demás, y no la mía!

LIBRO TERCERO.

La puesta del sol.